

Con los Sacerdotes Misioneros

Hoy, casi todas las misiones, de un modo u otro, participan de alg3n tipo de "hermanamiento", sinti3ndose apoyadas espiritual y materialmente por aquellas comunidades o grupos que viven la inquietud misionera. Santa Teresa del Ni3o Jes3s hizo de su vida una respuesta, y una entrega generosa de su vida de oraci3n y de sus muchos sacrificios, ofreciendo sus dolores para aliviar a los misioneros. Al entrar en el Carmelo es plenamente consciente de que lo hace "para salvar las almas y especialmente para orar por los sacerdotes" (Manuscritos, cap. VII). "Estoy convencida" nos dir3 m3s tarde de la inutilidad de los remedios que tomo para curarme. Pero me las he arreglado con Dios para que se aprovechen de ellos los pobres misioneros, que ni tienen tiempo ni medios para curarse. Pido a Dios que los cuidados que a m3 me prodiguen les curen a ellos" (Ap3ndice II). Le apasiona la idea de considerarse hermana espiritual de los misioneros. Su "Santa Madre Teresa" como ella la llamaba le concede, en 1895, la gran alegr3a de confiarle a sus oraciones y sacrificios la vocaci3n misionera de Mauricio Belli3r, joven seminarista de los Padres Blancos, que posteriormente ser3a misionero en 3frica. Un segundo hermano misionero fue el P. Roulland, de las Misiones Extranjeras de Par3s, quien antes de partir a las misiones de China, mantuvo una larga conversaci3n con ella en el locutorio. De esta manera viv3a cada d3a con mayor intensidad los 3xitos y las dificultades de los sacerdotes que trabajaban en esos campos alejados, entre aquellos que todav3a no conoc3an la verdad del Evangelio, y por quienes tanto rezaba y se sacrificaba. La misi3n no le era una cosa lejana. Las lecturas y, especialmente, la correspondencia con estos sus dos hermanos misioneros manten3an siempre vivo el fuego que en su interior ard3a por la evangelizaci3n de esos pueblos, lejanos en la distancia, pero muy cercanos en la capilla y en todas las estancias del convento, dondequiera que ella se hallase. El recuerdo de sus hermanos estaba siempre presente. Un d3a la ve3an caminar con mucha dificultad por el jard3n, tratando de disimular el dolor en su rostro y, despu3s de contemplarla e interpretar su cansancio, una de sus hermanas de comunidad la invit3 a sentarse. "¿Sabe lo que me da fuerzas? contest3". Pues ando por un misionero. Pienso que all3, muy lejos, puede haber alguno casi al cabo de sus fuerzas en sus excursiones apost3licas, y para disminuir sus fatigas, ofrezco las m3as a Dios" (Ap3ndice II). Se conservan diecis3is cartas dirigidas a los que eran su prolongaci3n en esos pa3ses. Era su gozo y felicidad el participar en sus penas y alegr3as, el contribuir a santificar su alma y salvar las de los otros. En todas nos ha dejado la transparencia de un coraz3n abrasado por la sed de que todos conozcan la Buena Nueva y de que los misioneros se santifiquen en sus tareas evangelizadoras. En aquella tarde lluviosa, 30 de septiembre, en que la agon3a se prolongaba, le dec3a a la madre priora: "¡Madre m3a! Os aseguro que el c3liz est3 lleno hasta los bordes. No, jam3s hubiera cre3do que era posible sufrir tanto... No puedo explic3rmelo sino por mi deseo m3ximo de salvar almas...".